

RECUERDOS Y POEMAS

EN HOMENAJE A MIGUEL HERNÁNDEZ

CENTENARIO DEL POETA/2ª ENTREGA



Máquina de escribir usada por el poeta (A.H.M.H.

Foto Goyo).
Máquina de escribir usada por el poeta. Foto de Goyo (Diputación de Alicante)

A MIGUEL HERNÁNDEZ

Por ISABEL MARÍA ABELLÁN

“En cuclillas, ordeño”

En cuclillas ordeño
Una cabrita y un sueño.

Glú, glú, glú,
Hace la leche al caer
En el cubo. En el tisú
Celeste va a amanecer.
Glú, glú, glú. Se infla la espuma,
Que exhala
Una finísima bruma.
(Me lame otra cabra, y bala).
En cuclillas, ordeño
Una cabrita y un sueño.

El sol empieza a elevarse lentamente en el horizonte. El niño cierra los ojos, si no fuera por

la densa niebla que todos los amaneceres envuelve el inmenso valle, desde aquella altura, él podría divisar la línea de color azul intenso que es el mar. Recuerda aquella ocasión en la que los padres jesuitas llevaron a todos los niños del colegio a bañarse en sus aguas cálidas. Fue la primera, la única vez.

El niño contempla la ciudad que ya se despierta. Recuerda aquellos días felices en que la leche humeaba en el fuego, él ya terminaba de asearse y mientras, su madre le metía el bocadillo en la cartera de cuero que estaba sobre la silla. Miguel le daba un beso y corría calle abajo. Siempre era de los primeros, llegaba mucho antes de que tocara la campana y se abrieran las puertas del colegio. Los niños iban entrando entre empujones y risas. Después, todos en pie, delante de los pupitres, rezaban antes de sentarse en los bancos de madera. Era entonces cuando la clase empezaba.

Siente algo cálido en la pierna. Se sienta y acaricia al joven cabritillo. Nació hace unos días, un poco antes de que el cielo se pusiera negro con la llegada de la noche. Aquella tarde, el niño se dio cuenta de que la madre cabra caminaba muy despacio de regreso al establo. Cuando abrió la puerta ella se quedó fuera, no quería entrar. Fue entonces cuando vio aquel hilillo de sangre que mojaba el suelo. El niño corrió calle abajo y entró nervioso en su casa. Su madre se volvió asustada, preparaba, en ese momento, algo de comida en la lumbre.

- La cabra va a parir. Ya ha empezado a soltar sangre.

La madre se quedó callada. Aquel día, el padre estaba fuera, se había marchado temprano para cerrar la venta de varias cabezas de ganado.

- Tu padre no va a llegar a tiempo. Tendremos que hacerlo tú y yo.

Mientras su madre sujetaba a la cabra que balaba muy quedamente con los ojos entrecerrados, Miguel ayudó a aquel cabritillo tan juguetón a nacer. Lo hizo con sus propias manos. La sangre del recién nacido le salpicó en la cara y le manchó la ropa. Miguel reía excitado y miraba a su madre que acariciaba la cabeza de la cabra recién parida. El animal estaba cansado. Le dejaron a la cría para que la lamiera y le fuera limpiando toda la porquería del parto.

Desde aquel día el cabritillo siempre estaba junto a él, le lamía la mano, la cara, apoyaba su cabeza en la pierna acuclillada del niño. Miguel pasaba con delicadeza su mano por su cuerpecillo chico.

- Mi pobre cabra, qué destino tan raro el tuyo y el mío.

Todos los días él recordaba a sus compañeros de escuela. A esas horas estarían recitando la lección de historia. No haría mucho que habrían regresado del patio, ya se les habría acabado la hora del recreo. Luego, volverían a sus casas a comer y regresarían por la tarde.

Miguel cierra un momento los ojos, luego, retoma la lectura interrumpida por los recuerdos. Desde que tuvo que volver a las montañas con sus cabras, todas las semanas, su antiguo profesor le deja varios libros, pero no sólo para que entretenga el tiempo, si no para que aprenda, aunque sea tan lejos de la escuela. Pero pronto llegará corriendo, con sus patitas torpes, su amigo el cabritillo y empezará, mimoso, a lamerle otra vez la cara. Como es tan pequeño tiene que ir siempre de un lugar a otro en brazos de su amo. Se ha acostumbrado al sonido de su voz, al olor de su cuerpo, sólo lo abandona para buscar las ubres rebosantes de su madre y saciar su hambre. Miguel le devuelve la caricia y sonríe con tristeza, los ojos se le llenan de cristales de agua.

- Ah! Mi pequeño amigo, si yo pudiera contarte tantas cosas.

El animalillo roza su cuerpo chico contra la pierna del muchacho y se tumba a su lado, ha venido, otra vez, buscando un rato de juego. El sol avanza sobre el cielo. Hoy es un día diáfano, la brisa llega con suavidad desde el mar, es cálida. Después, dentro de un rato, como todos los días, el sol se volverá implacable y empezará a hacer calor.

2- 10- 09

Isabel María Abellán, Cartagena, 1962. Ha participado en las antologías *El corazón delator* y *13 para el 21*. Ha publicado también *El último invierno y otros relatos*, y *El silencio perturbado*. Colabora en radio Ser.